

Frente a estos tres pensadores la obra de Toynbee es a la vez más y menos. Más, porque es de una ambición y una complicación casi ilimitadas, superadas tan sólo por las más completas sumas medievales y por la obra de Hegel. Menos, porque en su afán de trazar grandes líneas generales Toynbee nos lleva a un plano menos vivo, concreto e inmediato; le interesan demasiado el nacimiento y la muerte de las culturas (o su conservación y supervivencia en las iglesias-crisálidas) para prestar minuciosa atención a las situaciones de conflicto en que las culturas se debaten y tratan de tomar conciencia de sí mismas. La obra, comenzada en 1921 y terminada en 1954, se ha modificado sensiblemente durante el curso de su elaboración: la creciente importancia dada a las religiones crea una falta de equilibrio entre el final de la obra y sus primeros volúmenes. Pero el hecho esencial que nos interesa destacar ahora es que Toynbee da cabida en su idea de la historia a varios tipos de dialéctica, algunos de los cuales se acercan mucho a los de las obras hispánicas citadas. La dialéctica de "reto y reacción" es, de todas, quizá la más mecánica, aunque, aplicada a pueblos tan dispares como los egipcios y los esquimales, produzca resultados sumamente interesantes. *A vaincre sans péril on triomphe sans gloire*, según el clásico verso de Corneille: los egipcios triunfan no porque la vida sea fácil y abundante en el valle del Nilo, sino por todo lo contrario: porque el trabajo de cultivo, arduo y complicado, les obliga a coordinar esfuerzos y voluntades. Los esquimales quedan paralizados porque el ambiente exterior, duro en demasía, polariza todas sus energías y no les deja un sobrante de esfuerzo sin el cual, por mínimo que sea, toda empresa de progreso y civilización resulta imposible. La dificultad debe, pues, ser grande, pero no excesiva. Ya fundada una cultura, ésta se vitaliza con frecuencia mediante un proceso de dialéctica y oposición frente a culturas vecinas: al diálogo, frecuentemente áspero, con el mundo exterior, sigue el diálogo con las culturas circundantes: los egipcios, por ejemplo, fueron galvanizados por los sucesivos impactos de los Hyksos, los "pueblos marinos", los asirios, persas y macedonios, lo cual les permitió prolongar la vida de su cultura en forma casi increíble. Y, finalmente, en las partes IX y X de su obra trata Toynbee de los contactos dialécticos y de "colisión" entre civilizaciones contemporáneas, y de la dialéctica en el tiempo, o sea de los contactos entre una civilización viva y otra muerta, que todo renacimiento presupone. Estamos ya en terreno conocido: el de un conflicto de valores. El conflicto se desarrolla en la intimidad de los pueblos —o de sus dirigentes— y culmina con decisiones tendientes a aceptar o rechazar los nuevos valores. Se analiza así en forma sistemática el conflicto con "la otredad". Si "los otros" no son "el infierno", como quiere Sartre, poco les falta: son un eterno y turbador problema. Lo más cómodo es, sin duda, la postura de los fanáticos que, como el yemenita de que habla Toynbee, rechazan en bloque todo lo extranjero, por temor de que si aceptan una parte, incluso en apariencia insignificante, tengan después que ir aceptando otras. Pues las culturas son un todo unitario, y el fragmento que aceptamos retoñará y acabará por reproducir la totalidad. Cabe,



"El mito de Santiago se sobrepone al terror"

también, la postura opuesta: la tensión culmina en un intento de reforma total en que una cultura vuelve a moldearse a imagen y semejanza de otra, con éxito más o menos completo. En todo caso, el contacto entre dos culturas determina una crisis. La invasión total de que el mundo occidental ha hecho víctima a los demás países les ha obligado a una revisión de valores en que todavía se debaten. A su

vez, el mundo occidental está recibiendo el impacto de otras culturas, y su inseguridad frente a sus propios valores crece por momentos. Infierno o espejo, abismo o tierra firme, la otredad, lo extraño, lo no occidental, lo no europeo es ahora un indispensable interlocutor. No hay cuadro sin marco que lo encierre, que lo limite y lo niegue.

Pensemos que en el mundo hispánico este proceso dialéctico viene produciéndose desde hace ya muchos siglos y que ello ha producido nuevos y ricos modos de vida. Ello ayudará a no desesperar a los epígonos de "la decadencia de occidente". El propio Toynbee cree en un sincretismo religioso y cultural. Tales intercambios no son cosa fácil ni placentera. No se trata de intercambiar pacíficamente unos cuantos dioses, unas cuantas costumbres, unas cuantas instituciones; se trata de que formas de vida parecidas, quizá, a las del mundo hispánico, con su sentimiento trágico de la vida y de la historia producido por incesantes conflictos de valores occidentales y no occidentales, pueden —y quizá deben— generalizarse pronto en el resto del mundo. Según Toynbee la combinación de culturas es ya inevitable. Y también lo serán, por tanto, los conflictos y el "vivir desviviéndose" que tal combinación forzosamente acarrea: el mundo hispánico, con sus esplendores y sus miserias, puede haber sido una especie de ensayo general del sincretismo anunciado por Toynbee.

EL MAR SENTIDO Y EL SENTIDO DEL MAR

QUIEN podría vivir en la tierra
Si no fuera por el mar.

Cernuda.

—¡Oh cuánto yerra
Delfín que sigue en agua corza en tierra!

Góngora.

Porque están las dos Osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Fray Luis de León.

Escollo de cristal, meta del mundo.

El Padre de las aguas coronado
de blancas olas y de espuma verde,
Resiste obediente y tierra pierde.

Si hay ondas mudas y si hay tierra leve.

Vencida al fin la cumbre
—del mar siempre sonante.

La selva se confunde, el Mar se altera,
Rompe Tritón su caracol torcido,
Sordo huye el bajel a vela y remo.

Góngora.

Y para los gentiles carros de alas de lino
en relevos constantes hay corceles de
(viento.

Ramón Pérez de Ayala.

Derramado y sonoro el Océano.

Quevedo.

No es agua ni arena
la orilla del mar.
El agua sonora,
La espuma sencilla.
El agua no puede
formarse la orilla.

José Gorostiza.

Voluta ancha de acero quedaría
de súbito fraguada si el instante
siguiente no derribase la alta fábrica

Bajo cielos altísimos y negros
muge —clamor— la honda

boca, y pide noche

Boca —mar— toda ella, pide noche:

Noche extensa, bien prieta y grande
para sus fauces hórridas, y enseña
todos sus blancos dientes de espuma.

Vicente Aleixandre.

Castellanos de Castilla

Nunca habéis visto la mar.

Alerta que en estos ojos
del Sur os traigo toda la mar.

Pronto el verde de la mar
la escama azul del pescado
y el remo para remar.

Alberti.

... Siente la inmensidad
de lo breve y humilde en ritmo diverso
que palpita en el alma de su pobre uni-
(verso
y ante lo ignoto siente un ansia de llorar.

Y yo pienso que Rosa
No ha visto nunca el mar.

Enrique González Martínez.

En Córdoba, la serrana,

En Sevilla, marinera
y labradora, que tiene
hinchada hacia el mar la vela.

Antonio Machado.

¡Hola! que me lleva la ola.

¡hola! que me lleva la mar.

No hay tiempo para mi faltarme el tiem-
(po

Ya son del mar las olas mis cuidados
La que se acaba crece con la que viene.

Lope de Vega.

La sal del mar en los labios

¡Ay de mí!

La sal del mar en las venas
Y en los labios recogí.

José Gorostiza.